

contribuido á popularizar un nombre que dormía aletargado y tranquilo en el modesto rincón de una oficina de ferro-carriles.

Y es que la profesion torera se ha embellecido... refinado, diríamos nosotros, desde que el matador de toros se ha hecho discreto, galante, culto, expansivo; desde que dejara hábitos de otros tiempos para formar parte de todos los buenos instintos, formas y distinciones de la ilustrada sociedad. Estudiad aquel gran *confort* que preside al rico y lujoso hotel de Lagartijo en la andaluza Córdoba, las propiedades y morada del Gordo en Sevilla, el estrado de tapidos encajes, floridísima seda y aristocrática capilla de Frascuelo en Madrid, y decidme si un hombre que sienta algo de valor en su pecho, afán noble de *ser*, espíritu expansivo y aventurero, no ha de preferir la vida junto al peligro, que esta misma vida entre los limbos y oscuridades de esa otra muerte que se llama *misericordia*.

Pero volvamos á Mazzantini... Ilusionados por la prensa de provincias, cartas de aficionados y telegramas particulares, deseábamos verle trabajar en Madrid. No era posible en nuestro concepto que tantos adelantos se armonizaran con el escaso tiempo dedicado á la profesion. Al verle lidiar los dos toros defectuosos hemos formado con el público un *unánime juicio*.

Al jóven torero fáltale todavía esa seguridad, ese manejo, esa destreza que requiere el *arte* frente á la cara de los toros. Hace la suerte y no la perfila; la intenta, pero no la remata, con ese que llamar podríamos *sabor torero*, gala y donosura de la inteligencia, que burla el feroz instinto de la res. Su capote es á veces fino, descompuesto en otras, siempre frío (permítasenos el vocablo), para dejar de atraerse ese entusiasmo que sabe despertar el arte entre el estudiado revuelo de las moldeadas verónicas. La muleta es en sus manos recurso, pero no castigo ni defensa; engendra algunos pases de efecto que no le resultan, y en otros olvida que lleva prendido el aplauso entre los pliegos de la roja tela... ¡Mucha vista, mucho estudio, gran práctica, ejercicio continuado que sirva de aprendizaje! y hé aquí la obra terminada... Porque líta y mata, y ya tenemos la obra bautismal, espontánea, suya, casi perfecta del torero Mazzantini. Líta en toda regla, y sabe entrar, con estoque en mano, como pocos, como muy pocos en la cara de las reses. La estocada de *recurso*, de la tarde anterior, ¡muy oportuna!... El segundo volapié en las tablas... ¡hay que decir la verdad!... de los mejores del célebre Tato. Dominan, por lo mismo, en la escuela y carácter del lidiador que nos ocupa, lo que llamar podríamos la cúspide de la obra... «saber matar.»

Urge, por tanto, que esa base se replete de conocimientos, se consolide con el aprendizaje, se atilde con la galanura de la profesion, se vacíe, por decirlo así, en los moldes del clásico toreo.

Todo lo cual puede alcanzarse con el estudio; lo que él ya tiene en su brazo derecho, es el único resorte que en la suprema hora es movido por el corazón.

GUERRITA EN WATERLÓO.

Esta frase de *El Liberal* ha hecho efecto. Nadie nos podrá criticar nuestro estilo: *ni-culto*, *archi-sério* y demasiado histórico á veces, cuando un colega tan ilustrado como el de la calle de la Almudena busca la semblanza del banderillero del Gallo en Napoleón.

¿Se trata, por tanto, de la pérdida de una batalla?... Eso parece.

El público de Santander tenía vivísimos deseos de ver *guerrear* al lugarteniente de D. Fernando. Las armas estaban mohosas y se cayeron de sus manos; por otra parte, el enemigo

era formidable y no dejaba tan fácilmente que le tomaran las posiciones.

Los espectadores que creyeron hallarse con un primer cónsul ó un emperador, se empeñaron con gritos y silbidos á querer rebajar tan elevada talla á la de un desgraciado recluta.

¡El apasionamiento del público por un lado y por otro el amor propio herido del soldado!

En cuanto á aquél, censuramos su actitud, porque no siempre se dan batallas como las de Austerlitz ó de Jena... (y aquí la frase)... hasta el gran Bonaparte tuvo su WaterlÓo.

En cuanto á *Guerrita*, no creemos que hiciera las demostraciones que se le achacan. Si cierto fuese, aun por orden gubernativa debiera permanecer en Santa Elena.

¡CUERNOS!

A continuacion, y debidamente autorizados por su autor, publicamos hoy una de las *Cogidas célebres* que el Sr. Peña y Goñi describe en el libro cuyo título sirve de epígrafe á este artículo.

El afán de complacer á nuestros lectores y el deseo que algunos aficionados de diferentes puntos han demostrado por saber si el libro de nuestro amigo contiene algo más que las chispeantes revistas de toros, muévenos hoy á darles á conocer la

COGIDA DE CURRO GUILLEN.

«¡Extrañas coincidencias! A la derecha del toril halló muerte *Pepe-Hillo* en la Plaza de Toros de Madrid. A la derecha del toril, y puede decirse que en el mismo sitio, sufrió su última cogida el malogrado Antonio Sanchez (*El Tato*). Y á la derecha del toril también, en la plaza de toros de Ronda, dejó de existir uno de los más afamados diestros del presente siglo: el célebre Francisco Herrera Guillen, el popular Curro Guillen.

En la tarde del 21 de Mayo de 1820 verificábase en Ronda, en la cuna de los Romeros, una gran corrida de toros.

Rompió plaza uno de la renombrada ganadería de Cabrera, retinto, de siete años, mal trapío, estrecho, blando y cobarde. Recibió una vara de Joaquín Zapata, otra de Sebastian Miguez y otra de José Doblado, y sin más castigo, pusiéronle cuatro pares de banderillas el *Fraile de Santa Lucia*, asesinado en Madrid en la calle de Relatores en 1829, y Arjona alias *Costura*, padre de Curro *Cúchares*.

Dióse la señal de la muerte y se dispuso á ejecutarla Curro Guillen, que vestía traje rosa con cordonadura de varios colores. De igual manera que el toro que dió fin á la vida de *Pepe-Hillo*, hallábase éste de cuidado y con tendencia á ampararse en los tableros. Llegado que hubo Curro Guillen á jurisdiccion, dió al toro un pase natural; salió la res por su terreno, y quedó un tanto atravesada con la cabeza á las tablas.

El matador, cambiando la muleta á la derecha, trató de abrir al toro para enderezarlo, y consiguió su objeto, puesto que el animal separó la mano izquierda que tenía algo atrasada, y se cuadró. A su vez, Curro lió el trapo, se armó, y al cuadrarse lo citó un poco largo con ánimo de recibirlo. El toro, sin acudir á la llamada, se encampanó, dió dos pasos de frente, y arrancando de pronto con gran ímpetu y ligereza, sin dar salida el diestro, que solo pudo dar un pinchazo muy bajo al lado contrario, engancho á Curro Guillen por el muslo derecho, lo desarmó de muleta y lo despidió contra las tablas, en las que Guillen quedó recostado durante breves momentos.

Y aquí llegamos á un lance terrible y dramático, lance de que no hay ni ha habido otro ejemplo en la historia del toreo. Curro Guillen llevaba en su cuadrilla á Juan Leon, el intrépido lidiador, maestro del inolvidable Montes. Protector decidido y fraternal amigo, Guillen profesaba á Leon un cariño, que éste á su vez pagaba como persona digna y de levantados sentimientos.

Al ocurrir la desgracia, Juan Leon se encontraba al lado de su maestro y protector. El inminente peligro que Curro Guillen corría al ser arrojado por el toro contra las tablas, sugirió á Juan Leon una idea en la que iban grabadas todas las simpatías, todos los sentimientos de gratitud y cariño que el pun-

donoso y arrojado diestro profesaba á su protector.

Juan Leon, con certero golpe de vista, había juzgado en un instante la fatal situacion en que el toro había colocado á Curro Guillen. Vió tal vez segura la muerte de su maestro, y antes de consentir este trance fatal, antes de perder para siempre al que le había distinguido con su valimiento y su amistad, al que le había proporcionado los medios de subsistencia en el ejercicio de una peligrosa pero honrosa profesion, Juan Leon se decidió á llevar á efecto un heroico sacrificio: se decidió á ofrecer su vida en holocausto de la de su jefe, protector y amigo.

Inmediatamente, y pretendiendo sin duda distraer la atencion del toro y dar tiempo para que Guillen abandonase los tableros, valiente en demasía, arrojóse Leon repentinamente á la cuna del toro, dejándose coger materialmente. Todo esto, como comprenderán nuestros lectores, fué obra de un instante.

¡Terrible sacrificio, en el que estuvo á punto de perecer su heroico autor, y que de todas maneras resultó completamente estéril!

En efecto, no bien quedó Curro Guillen recostado contra las tablas, desengañóse el toro, y acometiendo con atroz fiera al desgraciado matador en el momento mismo en que Juan Leon se dejaba encunar, corneó sobre firme al primero, introduciéndole más de tres cuartas partes del piton izquierdo por el vacío derecho, mientras que con el cuerno derecho enganchara á Juan Leon por el hombrillo de la chaqueta.

En este trance espantoso, salió el toro hacia los tercios llevando á un lidiador en cada asta; paróse muy luego en su viaje, y derrotando con furia, lanzó por alto á Curro y Leon, que cayeron desplomados en la arena.

El primero que se levantó fué el desgraciado Guillen, que con paso vacilante se dirigió á la puerta de la enfermería; pero al llegar entre barreras, cayó muerto en brazos de su íntimo amigo el contratista de caballos Francisco Caamaño; Juan Leon salió ileso.

Francisco Herrera Guillen contaba muy poco más de 30 años cuando ocurrió la tremenda desgracia que acabamos de relatar.»

HUMILIS... SUPERBUS.

(MACHÍO.)

No por la prensa, sino por un testigo ocular de la última corrida de toros verificada en Segovia, sabemos que el *ovidado* espada Machío, al trastear con la muleta á su primer toro, fué desarmado por la fiera.

Entonces el espada, acordándose de mejores tiempos y posponiendo las reglas artísticas al corazón y su valor, sacó el blanco pañuelo que se dejaba ver en su chaquetilla, hizo de él improvisado engaño, preparó á la res, terminándole de una soberbia estocada.

Aplaudimos de todas veras este rasgo de temeridad, que habla muy en favor del referido diestro.

¡La soberbia, como se vé, no es pecado capital en la doctrina de *Pepe-Hillo*!

EL SEGUNDO «INI.»

En la Historia del Toreo figurará con el tiempo una seccion que se confundirá con los carteles de abono del Teatro Real.

El segundo de los *ini.*, ya lo tenemos en tanda... *Arzellini* gustó mucho en el *aria de salida*, es decir, en el salto de la garrocha y trascuerno.

Aplaudimos la decision y los buenos deseos. ¿A qué hablar de hechuras toreras?... Ni aun aquel traje desteñido é incoloro le pertenecía...

El pobre... nada llevaba suyo, excepto la voluntad.

El sábado se verificó en la Plaza de Toros una becerrada, organizada como en años anteriores por los empleados del Ferro-Carril de Madrid á Zaragoza y á Alicante, en la cual figuraron como espadas los Sres. Hidalgo, Llopis y Arago.

Sentimos que el poco espacio nos impida detallar los accidentes de la lidia; pero baste á nuestros abonados saber que el numeroso público que asistió á la fiesta quedó muy complacido de los buenos deseos de todos los diestros aficionados, los cuales, en general, trabajaron con entusiasmo.

Angel Pastor y Mazzantini dirigieron la faena. LA LIDIA celebrará que la caja de la Sociedad de Socorros Mútuos, á la cual se destinaban los productos, haya aumentado tanto como son sus deseos.